

tificó la sangrienta masacre de los partidarios del gobierno constitucional. En este tema, se plantea el problema de la protección de los ciudadanos norteamericanos, como pudo observarse en la película "Missing", que el autor discute con singular extensión.

Chile es preferible bajo el mando de la Junta que como un estado castrotrista, opina el autor (p. 399). En otros renglones, a nivel del diagnóstico del proceso, el autor establece un mayor grado de objetividad: destaca la falta de disciplina y unidad de la propia coalición de gobierno, y afirma que "sectores significativos de la oposición fueron también culpables de mala fe, intentos de subversión, actividades económicas destructivas, uso deshonesto de los medios de comunicación, sabotaje, terrorismo, y subestimación de las fundaciones sociales de la sociedad chilena" (p. 405).

Para concluir, el ex-embajador aboga por un retorno a la democracia, "el futuro de Chile no es siempre oscuro, no se ha extinguido la luz de la esperanza" (p. 407).

LUIS DÍAZ MÜLLER

GARCÍA Miguel Ángel, *El nacimiento de América*, México, Ex-temporáneos, Serie Ensayo, 1984, 284 pp.

Hasta hace pocos años se discutía acerca del carácter de las sociedades latinoamericanas y sus transformaciones desde sus orígenes hasta la actualidad. Estas polémicas prácticamente se interrumpieron y es posible que esto haya sucedido en consonancia con la crisis de las teorías sobre la dependencia. Uno de los últimos momentos de la polémica, referido al carácter de las sociedades coloniales y postcoloniales, hablaba de su naturaleza capitalista (hacia tiempo que habían quedado superadas las tesis acerca del carácter feudal de las mismas).

El texto de Miguel Ángel García, *El nacimiento de América*, llega en un momento poco propicio para tratar de presentar una alternativa teórica acerca del carácter de las sociedades americanas, desde la colonia hasta el siglo XIX. Para esto, trata de situarlas en un contexto más amplio que aquellos que han hablado de revoluciones democrático-burguesas, para referirse a las guerras de independencia, y prefiere llamarlas revoluciones capitalistas, puesto que "en la base de este fenómeno se encuentra la sustitución de los modos de producción precedentes por el modo de producción capitalista, mientras que su contenido histórico es la creación de las condiciones sociales e institucionales para el desarrollo del capitalismo, entre las cuales se encuentra precisamente, el Estado nacional" (p. 269).

Para García, las tareas históricas de la "revolución capitalista" en el continente americano fueron resueltas durante el ciclo de las guerras civiles que siguieron a las guerras de independencia. En los Estados Unidos, con la "guerra de secesión"; en Argentina, con la "organización nacional"; en Brasil, con la república federal; y en México, con la "revolución mexicana".

Donde este ciclo no logró completarse, las luchas de clases modernas, en el siglo XX, se complicaron con cuestiones campesinas, de libertad, de derechos, de abolición de privilegios, etc., que se entremezclaron con la emergencia proletaria.

En última instancia, lo que García trata de probar en su libro es que las tareas de “liberación nacional”, puestas en boga a partir de las luchas anticoloniales africanas y asiáticas a mediados de este siglo y que, para el autor, adoptaron en América Latina la forma de teorías de la dependencia, no están a la orden del día. Tampoco lo estarían los planteamientos de unidad nacional anti-imperialista, puesto que en el momento actual “lo que limita la soberanía de los Estados en el capitalismo no es la voluntad de tal o cual potencia imperialista, sino la contradicción existente entre la forma nacional de las clases burguesas que expresan subjetivamente el capital, y el carácter internacional del capital mismo, que se expresa en la forma del mercado mundial” . . . “Esta contradicción es moderna, creada por el capitalismo y se desarrolla y exaspera con él” (p. 271).

El estudio de García es un auténtico ensayo de síntesis histórica, sin investigación a partir de fuentes originales y con importantes apreciaciones teóricas. En el primer capítulo, el autor hace una introducción acerca de las sociedades precolombinas, la emergencia de la conquista, y se detiene en uno de los “modos de producción” coloniales: la encomienda. Este es sin duda el capítulo más flojo, especialmente la introducción precolombina que presenta inexactitudes, traspolaciones, y analogías apresuradas y poco afortunadas. Al final del capítulo se hacen interesantes apreciaciones teóricas, considerando al descubrimiento de América dentro de una fase de desarrollo del capitalismo que denomina del “capital mercantil arcaico”. El capital mercantil arcaico habría basado la obtención de la ganancia en el intercambio y no directamente en la producción, la ganancia se derivaría de la desigualdad entre los precios, como consecuencia del aislamiento geográfico.

En América Latina, la irrupción del capital mercantil arcaico habría adoptado, inicialmente, la forma de una verdadera “economía política del saqueo” de metales preciosos. Esta forma se habría agotado en pocos años, dando origen a la economía minera, pasando así los conquistadores a extraer por sí mismos el oro y la plata, aunque el eje articulador de la economía y la sociedad americana en gestación continuó siendo el mismo que antes: el capital mercantil arcaico.

La “solución americana” al dilema de la acumulación originaria del capital fue el desarrollo de una variedad heterogénea de sistemas de explotación del trabajo. Sistemas de explotación surgidos no por el autodesarrollo de la sociedad precolombina, sino por imposición del capital mercantil arcaico, que funcionó como gran mediador entre diversas formas de explotación.

En el tratamiento de García, la colonia aparece con un dinamismo determinado por causas históricas y geográficas, a través de cuatro grandes

“oleadas histórico-geográficas”: la primera sería la de la conquista y el saqueo; la segunda, la encomienda; la tercera, la del esclavismo capitalista; y la cuarta, la de la expansión a las tierras de frontera.

En el breve análisis que García hace del “modo de producción encomiendal”, considera a éste como un modo de producción híbrido entre el despotismo incaico y un feudalismo europeo modificado por la hegemonía del capital mercantil. García, siguiendo a Kalki Glousser (Glousser, 1974), considera que el indio guarda con la encomienda una relación dual: por un lado, es parte de una comunidad tributaria por intermedio del cacique y del encomendero; por el otro, en su relación con el encomendero, se ubica en una articulación compleja: el encomendero establece una relación feudal con su rey, siendo él mismo un empresario, con determinación precisa en el campo del mercado. El análisis que García hace de la encomienda lo lleva finalmente a establecer que la relación encomiendal no sería feudal, ni esclavista, ni incaica, ni primitiva, sino algo nuevo.

Siendo el capital mercantil arcaico el gran articulador de los “modos de producción coloniales” subsumió y desarrolló dos formas productivas principales: el esclavismo americano y la servidumbre capitalista.

En el segundo capítulo, el autor analiza lo que denomina el capitalismo esclavista, tratando de establecer la diferencia con otros esclavismos. De esta manera, el esclavo americano crea valores y el amo aparece como un verdadero capitalista. Para profundizar en la relación de producción esclavista americana utiliza la categoría de “Anomalía”, introducida por Marx: en este esclavismo el trabajador sería parte del capital fijo y los alimentos necesarios para su reproducción, parte del capital circulante. Es decir, para García, esta forma de trabajo esclavista sería ya trabajo capitalista, un esclavismo al interior del capitalismo, y no una fase de acumulación primitiva, marginal o precapitalista. En este contexto, trata de encontrar, en factores demográficos y geográficos, las causas de la implantación en América del esclavismo capitalista en lugar del trabajo asalariado.

En el tercer capítulo, el autor estudia la América inmigrante en forma breve y descriptiva, sin profundizar teóricamente. En este mismo tenor se encuentra el capítulo cuarto donde se analizan algunas contradicciones de la sociedad colonial.

Es hasta el capítulo quinto donde se trata de presentar en forma más profunda la crisis del sistema colonial. Esta crisis es ubicada, en primer lugar, dentro del contexto determinante del triunfo burgués en Europa y, sólo en segundo término, dependiente del fortalecimiento de las burguesías americanas. Para García, la burguesía industrial europea y su predominio fueron los factores principales de la disolución del capital mercantil, ayudando con ello a sus colegas más débiles americanos. En este mismo sentido, la independencia de las metrópolis no es interpretado como un cambio de “pacto colonial”, sino como el derrumbe de un tipo de colonialismo, cuando todavía el imperialismo moderno no había surgido.

Así, las guerras de independencia son presentadas dentro de un gran

ciclo mundial de revoluciones burguesas y el autor introduce la categoría metodológica de “nudos de conflicto” para tratar de explicar porqué, en cada región de América, estas guerras tuvieron consecuencias tan disímiles. Identifica cuatro nudos de conflicto: el de América del Norte (Estados Unidos-México); el del Atlántico Sur (Argentina-Brasil); el del Caribe-Venezuela; y el Pacífico-Sur (Perú-Chile).

Con la categoría de “nudo de conflicto” García trata de captar no sólo las contradicciones específicas internas, sino las relaciones externas determinadas geográficamente. Esto lo lleva al concepto de revolución de independencia que puede o no articularse con el de guerra civil, dependiendo de la forma de articulación de la colonia con la metrópoli y de los conflictos internos entre los grupos sociales. De esta forma, critica al modelo de revolución de independencia como lucha entre la burguesía comercial contra la aristocracia terrateniente, ya que, en este caso, no sólo el comercio sería capitalista, sino también las haciendas, las plantaciones y las minas modernas.

Con la categoría de “nudos de conflicto” es posible entender cómo hechos históricos semejantes provocan la formación de bloques de fuerzas sociales diversos. De esta forma, medidas legislativas e impositivas semejantes, emprendidas por España e Inglaterra en sus colonias americanas habrían originado formas diversas de aglutinación social. En los Estados Unidos, los impuestos y la represión al contrabando se habrían articulado con la disputa por las tierras del Oeste. En México, la burguesía comercial, a diferencia de los Estados Unidos, habría sido favorable a las reformas borbónicas. Además, también en México, los conflictos interbloques dominantes se articularon con la emergencia de la rebelión india, lo que habría unificado a dichos bloques en torno a la corona.

Finalmente, *El nacimiento de América* se interrumpe con una descripción sucinta de los principales conflictos postindependentistas, para prometernos un segundo libro acerca del desarrollo del capitalismo latinoamericano desde mediados del siglo pasado hasta el momento actual.

Señalábamos que el trabajo de García no posee rasgos originales en cuanto a fuentes e investigación historiográfica; todas sus fuentes son prácticamente estudios anteriores sobre el tema y su limitada bibliografía nos hace pensar en una síntesis que ignoró muchos materiales que hubiesen enriquecido sus puntos de vista. A pesar de ello, el estilo periodístico del relato, la agilidad narrativa y el hábil uso de la anécdota le permiten mantener en el lector una cierta fascinación, no siempre lograda en estudios más rigurosos. A pesar de los problemas historiográficos señalados, las anotaciones teóricas que van apareciendo a lo largo de la exposición muestran, por parte del autor, solidez en el manejo de las categorías e imaginación en su adecuación a la realidad de latinoamericana.

Tal vez el principal mérito del trabajo se encuentre en el plano metodológico. Una primera novedad es el intento de tratar de articular los procesos históricos europeos con los americanos y los africanos, y en el plano

americano, el relacionar los de las colonias del extremo norte de América (Canadá y Estados Unidos) con los de América Latina. Pero el aporte principal de García quizás provenga de su categoría de “nudos históricos”. El concepto de “nudo” para América tiene una primera connotación, que es la de región, aspecto no gratuito en un continente poco comunicado y en buena parte despoblado. El contenido geográfico de este concepto de “nudo” se convierte en articulación de relaciones internacionales, tanto en lo económico y lo político como en lo cultural. Además, en este concepto de “nudo” está implícita la noción de especificidad, es decir la necesidad metodológica de captar lo específico de las articulaciones que tal vez remita a la categoría marxista de “totalidad concreta”.

Sin embargo, esta riqueza de articulaciones analizadas por García y la especificidad pretendida para cada proceso, en el marco de los grandes ciclos mundiales de desarrollo capitalista, se ve oscurecida por la superficialidad historiográfica, sustituida, en algunas ocasiones, por la imaginación del periodista. Imaginación que tampoco habría que despreciar en la investigación científica. Este abuso de la argumentación periodística es observable en el uso frecuente del recurso a la analogía para tratar de dar contenido a un concepto teórico. Sin embargo, si en la ciencia la analogía, es un recurso lógico y legítimo, aquí resulta de lo más impreciso y el que más se presta a despertar imágenes en el lector, pero imágenes difusas.

Asimismo, sorprende el desequilibrio entre los temas y periodos históricos tratados: se observa un interés desmedido por el esclavismo americano (lo que, para otros autores, no sería tan importante para la economía colonial en general); la “Hacienda”, en cambio, merece un tratamiento breve. Otro tanto podríamos observar con respecto a las luchas postindependentistas.

La tesis central de García, acerca del carácter capitalista de las sociedades americanas coloniales y poscoloniales, tanto en el aspecto de dominación capitalista, como de subordinación de otros modos de producción, no resulta a estas alturas tan original, a pesar de los matices introducidos por el autor. Así, las críticas que hace García a las teorías de la dependencia, al final del texto, aparecen un poco gratuitas, ya que no derivan lógicamente de la argumentación principal y no desentrañan las mediaciones (que pudieran existir) entre populismo y dependentismo actual.

De cualquier forma, la historia sintética y el ensayo de interpretación teórica de García pueden tal vez insertarse dentro de un marxismo que quiere romper con su caparazón dogmático y dejar libre juego, al menos, a la imaginación creadora.

ENRIQUE DE LA GARZA TOLEDO

Bibliografía

- Glousser, Kalki, “Orígenes del régimen de producción vigente en Chile” en *Acerca del Modo de Producción Colonial en América Latina*. Ediciones Tiempo Crítico, Medellín, Colombia, 1974.